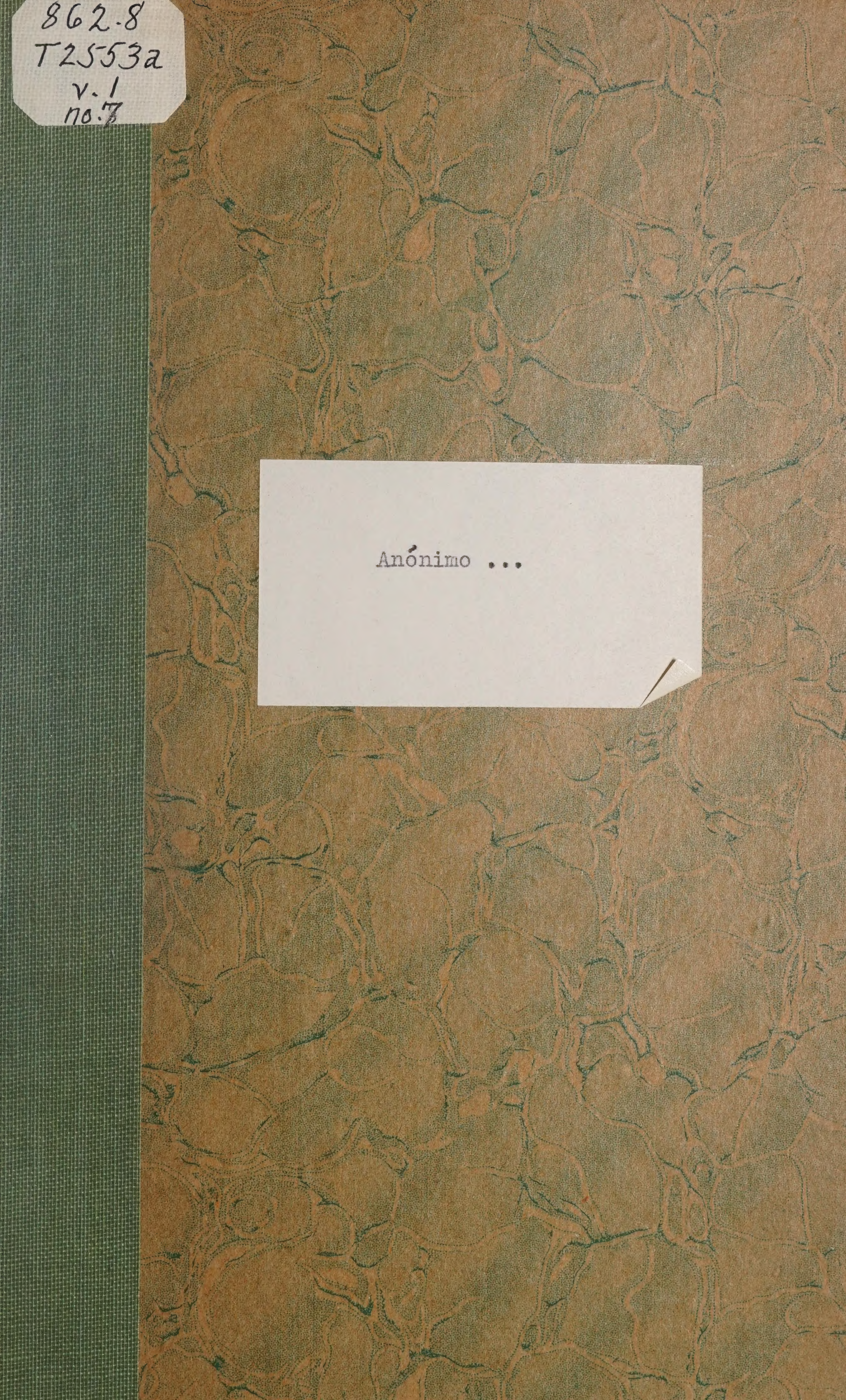


Anónimo ...

AL SEÑOR DON JOAQUIN DE CIFUENTES, CONTADOR DE EXÉRCITO HONORARIO, TENEDOR GENERAL DE LIBROS DEL BANCO NACIONAL DE SAN CÁRLOS.

ODA.

Dulce amistad, tú sola
con faz enternecida,
baxaste del Olimpo
á consolar mis cuitas.
   Tú sola recogiste
mis lágrimas contínas:
mis votos escuchaste:
calmaste mis fatigas.
   Tú sola en mis dolores
me diste compañía,
y reparar curaste
mi situacion mezquina.
   Tú, mis eternos ayes
trocaste en alegrías,
lanzando la tristura
de mi mansion sencilla.

Tú, con amiga mano,
volvistes á la mia,
la lira, que arrimáron
mis males y desdichas.
Y tú pulsar me hiciste
sus cuerdas encogidas,
cantando nuevamente
á la soláz Talía.
Tú sola pues, mereces,
que el alma agradecida
lleve á tus puras aras
su acorde melodía.
Sus cláusulas sonoras
solo á tí son debidas:
solo á tí se consagren,
pues sola tú me inspiras:
Busque de avaras Musas
la adulacion mentida,
de Augustos y Alexandros,
el oro que codician:
Mientras al Sacro Templo
de la amistad mas fina,
esta pequeña ofrenda
va á consagrar la mia.

ACTORES.

LANASA, *viuda.*

FATIMA, *su confidenta.*

EL GRAN BRACMAN.

EL JOVEN BRACMAN, *hermano ignorado de Lanasa.*

DARVI, *Gobernador de la Plaza, padre de los dos.*

MONTALVAN, *Comandante de una pequeña esquadra Francesa, amante de Lanasa.*

JACOBO, *Oficial Francés, confidente de Montalvan.*

UN OFICIAL INDIANO.

PUEBLO MALABAR.

SOLDADOS FRANCESES.

La Scena se representa en una ciudad marítima de la costa de Malabar.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa con los bastidores primeros de la derecha el acampamento Francés: con los últimos, una marina que concluye ó se esconde en un promontorio de peñas escarpadas, que parece estenderse por el lado izquierdo.

SCENA PRIMERA.

EL GRAN BRACMAN, Y EL JOVEN BRACMAN.

GRAN BRACMAN.

Un esclarecido Indiano acaba de fallecer en este instante. Es necesario que veas si su viuda, sometida á las costumbres del pais, cifra su gloria en encerrarse con él en el sepulcro. Este uso tan santo, como inviolable y antiguo, se halla sostenido por la religion y la política en los diversos estados que circunda el mar, y atraviesa el anchuroso Gange: y á tí, como el

mas moderno de nuestros Bracmanes, te toca disponer la solemne pompa de su muerte, y conducir la víctima á la pira.

JOVEN BRACMAN.

¡Como, Señor! En el funesto dia en que vemos esa playa cubierta de baxeles enemigos, nuestros muros arruinados por el contínuo fuego de sus rayos: tan mal segura de su furor nuestra mansion sagrada, y todo este recinto hecho teatro del espanto y la discordia, ¿osarémos preparar unas hogueras consagradas por la costumbre? Yo debo confesaroslo, jamas podrán ver mis ojos sin conmocion tan horrorosa scena... (1)

GRAN BRACMAN.

¿Que dices, hombre débil? (2)

JOVEN BRACMAN.

¿Por ventura, exîgió de ella (3) al

(1) *Con modesta resolucion.*
(2) *Con indignacion.*
(3) *Con sumision.*

morir su esposo, tan amargo sacrificio? ¿No la basta á esa infeliz el quebranto de perderle, y perder en él su único amigo y compañero, que aun para coronar su desgracia...

GRAN BRACMAN.

No mas, jóven inexperto: ¿que importa que esa muger no ofreciese seguirle á la eterna noche, si su elevada clase no la dexa otro derecho? Su familia apresurada en torno de ella, la apremiará á cumplir esta sagrada deuda: y quedaria cubierta de negro oprobrio, si se negáse á hacerlo.

JOVEN BRACMAN.

Pero por poco sensible que seais, no dexareis de confesar, quán sin razon se destinó á nuestras viudas una suerte tan mezquina.

GRAN BRACMAN.

Tú no conoces el imperio que tiene sobre nosotros una costumbre envejecida. Vuelve los ojos al Japon, y

mira, con qué alegría muere sobre el cadáver de su Emperador una tropa de aduladores miserables. Llévalos despues al Masageta, le verás terminar por un efecto de piedad la dulce vida de su decrépito padre. Repara en las riberas del Niger al hombre, puesto en venta desde el instante que nace. Un Sultan en la Turquía, el dia de su elevacion al trono, hace perecer á todos sus hermanos. Y aun en la Europa misma, centro de la humanidad y la cultura, un punto de honor, desconocido al resto de la tierra, obliga al hombre á matarse á sangre fria por una sola palabra.

JOVEN BRACMAN.

Y el horroroso exemplo de unos usos abominables ¿debe autorizar nuestros excesos? Por eso la infeliz muger, quando se acerca al ara y mira arder las nupciales teas, no puede ménos de recordar la fatal hoguera, que habrá de terminar acaso sus amables dias; y este temor anticipado, que va con ella á todas partes, la hace ver con terror el vínculo mas dulce, que conocieron los

hombres. Esclava miserable de su esposo, aun despues que ha fallecido; oprimida siempre por un lazo que rompió la muerte, parece que está diciendo con una voz espantosa: "¿que quereis de mí, crueles, con tan injusta „sentencia? ¿No nos basta el tributo „de dolores, que nos impuso la naturaleza, y de los quales vive exênto el hombre, que aun por una ciega ley nos sujetais á la servidumbre „y á la muerte?"

GRAN BRACMAN.

¿Que extraño lenguage es ese (1)? Sin duda ni eres Indiano, ni Bracman. La muger se formó para nosotros, y debe sacrificarse toda á su esposo y á sus manes. Es un honor, que las concede esa ley, que tú llamaste dura: honor dispensado solamente á las viudas de gerarquía ilustre, y que disputan con ardor, como privilegio de su sangre. Repasa los anales de la antigua India, y admira la gloriosa contienda

(1) *Con tono feroz.*

de las viudas de Ceteo: verás el interes con que la una pide enterrarse con su esposo, fundando el derecho de preferencia en quedar sin sucesion alguna: al paso que la otra, para obtener el mismo honor alega la razon de hallarse embarazada. Y tú que conoces el poder de nuestras leyes ¿te atreverás á lastimarte de ellas? Tú que sabes los costosos triunfos que buscamos sobre nosotros mismos: tú que ves los línages de tormentos, á que voluntariamente nos entregamos, ¿osarás dolerte del destino feliz de nuestras viudas? Vuelve la vista á nuestros Joghis y Fakires en los ásperos desiertos de la India: el uno suspendido de un árbol por los pies, atiza con sus manos la hoguera, que le está abrasando para purificar su alma: otro despedaza con agudos garfios sus carnes: otro permanece inmóvil, con la cabeza desnuda en la mas elevada cumbre, sufriendo así muchas horas los abrasados rayos del sol: otros resisten carbones encendidos en su frente, por calcinarla (1)

(1) *Entusiasmado.*

en honor de nuestros dioses : otros arrancan los párpados de sus ojos para vencer el sueño que interrumpe su fervorosa oracion: otros se tienden al paso de los carros para ser destrozados por sus ruedas; y en fin, todos abrevian sus dias sin compasion de sí mismos. Todos arrostran el dolor, y triunfan animosos de la débil naturaleza.

JOVEN BRACMAN.

Sus sacrificios á lo ménos son actos de su voluntad, no de la fuerza. Pero la infeliz muger es perseguida por un honor mal entendido, y este tirano honor la fuerza á renunciar hasta la dulce vida. Perdonadme, señor. Yo creo que debemos reservar nuestra constancia, para soportar los males, á que nacimos sujetos, sin emplearla torpemente en contrastar otros dolores, buscados por nosotros. Sé bien que por un enlace impenetrable unieron las leyes en la tierra los bienes con los males; pero sé tambien que el instinto de cada sér es el cuidado de su conservacion: ¿y solo el hombre en to-

da la naturaleza ha de mirarla con desprecio, en ofensa de los dioses que le formaron por su imágen? Su penetrante voz nos dice en lo interior del alma: "sed buenos y sed justos; pero „no nos dice: destruid vuestra exîs-„tencia." Y en fin, yo no comprehendo que establecieran la ley de que ame á mis semejantes, y que me aborrezca á mí solo.

GRAN BRACMAN.

El Gobernador se acerca (1): parte: recapacita quál es tu ministerio, y apresúrate á desempeñarle, persuadiendo á la viuda á correr hácia la pira. Fortalece su espíritu (2) si la vieres vacilar en la observancia de la ley; y acuérdate, que quanto es mas dura una costumbre, tanto es mas poderosa: que el asombrado pueblo inclina siempre la altanera frente á las leyes de muerte y de terror: que abolidos estos usos, ninguna veneracion tendria en estos cli-

(1) *Mirando ácia la izquierda.*
(2) *Con tono imperioso.*

mas el austero Bracman, y reputarian por demencia el voluntario rigor con que maceramos nuestras carnes. Y en fin, que solo entusiasmando al pueblo á imitar nuestro sistéma, durará nuestro formidable poder en los climas Malabares: nos admirarán: nos temblarán: se mantendrá el órden: humeará el incienso, y se afirmarán nuestros altares (1).

SCENA II.

EL GRAN BRACMAN Y DARVI.

DARVI.

Acaban de noticiarme la muerte de un Malabar ilustre, cuya desgracia debe lamentar la pátria, por haber perdido en él un virtuoso ciudadano. Su jóven esposa...

GRAN BRACMAN.

Prestará sin duda el cuello dócil á

(1) *Parte por la izquierda, saludando al Gobernador que encuentra al salir.*

nuestras leyes, y correrá animosa á unirse á él en el sepulcro.

DARVI.

Será asi; pero conviene diferirlo. Los Européos obstinados en hacerse dueños de esta Plaza, estrechan el asedio por instantes. La vigorosa defensa de su guarnicion, ha malogrado hasta ahora sus repetidos ataques: pero ya no bastan nuestros muros á resistir el vivo fuego de sus rayos, y veo con harto dolor aproxîmarse la hora de rendirnos. El aparatoso sacrificio de esta viuda, distrahería sin duda á nuestros ciudadanos de su primera atencion, que es la defensa de la pátria, y es necesario....

GRAN BRACMAN.

Mantener en su vigor nuestras costumbres (1). Estos agradables sacrificios grangearon siempre á nuestros guerreros el auxîlio de los númenes: nuestros humildes votos defendieron en todos tiempos la pátria, mejor tal vez, que vuestras diestras formidables: y ¡ay

(1) *Con ayre despótico y decidido.*

de vosotros, si irritamos á los dioses con la dilacion de una ofrenda tan agradable á sus ojos! En el dia, en el momento debe quedar satisfecho un uso que hizo inviolable su àntiguedad, y el apoyo de la religion.

DARVI.

La religion dispensará su observancia en un caso tan urgente. Los Européos, enemigos de unos actos recibidos por la necesidad, apoyados por una bárbara política, y reprobados por la razon, correrian indignados á salvar la víctima, extingir el fuego, y derrocar unas aras que detextan con manifiesto perjuicio de la pátria y de vosotros mismos. Ese templo colocado entre su campo y nuestros muros, seria el primer objeto de su cólera, en el momento que la funesta llama traxera su atencion ácia este sitio, y una vez comenzado allí el estrago, se estenderia á la ciudad y á sus míseros habitantes. En fin, muy léjos de exâsperar sus ánimos, con un expectáculo tan horroroso á sus ojos, debemos procurar con todo ahinco el modo de contenerlos, has-

ta reparar nuestras murallas.

GRAN BRACMAN.

Nuestro formidable Bramma, cuyo culto defendemos, tomará á su cargo la conservacion de nuestras vidas y derechos.

DARVI.

Esa religiosa confianza es tan laudable en vosotros, como seria en mí, ridícula y reprehensible. La seguridad de esa plaza es encargada á mí, y á su animosa guarnicion: debemos responder de su defensa, y si por nuestro descuido se perdiese, no me disculparia, el haber confiado su conservacion al poder de nuestros dioses. Invocadles vosotros por la oracion y holocaustos, miéntras nosotros rechazamos al enemigo con las armas.

GRAN BRACMAN.

Y bien, si tan exâcto quieres ser en tus deberes, ¿como te opones á que observe yo los mios? Si á tí la ciudad, á mí se me ha encargado la religion: estriba en nuestros usos, y debo sostenerlos en su vigor con to-

do esfuerzo. Uno de los principales, es el que exîge este sacrificio de nuestras ilustres viudas. Debilitada su observancia por una dilacion indiscreta, los demas vendrian insensiblemente á destruirse por el antojo, ó por otra necesidad tan aparente como esta; y entónces serian perdidos nuestros mas santos derechos: ultrajados nuestros honores, y nuestros Templos desiertos. En fin, yo no puedo deponer la autoridad sin límites de mi supremo Pontificado, tratándose de mantener el culto de los dioses. Acordad con él, el zelo por la Patria, y pues temes aun mas la indignacion del Europeo, que la del gran dios Bramma (1), emplea tu política en impedir sus resultas, sin que quede relajada por una corta dilacion, esta radicada costumbre.

DARVI.

Yo lograré con maña diferirla, ya que es inutil la fuerza para contrastar su despotismo.

(1) *Con ayre de desprecio.*

SCENA III.

OFICIAL MALABAR Y LOS DICHOS.

OFICIAL.

El Comandante Europeo solicita hablaros.

D A R V I.

Que llegue (1).

GRAN BRACMAN.

Yo haré por destruir la intencion del Gobernador, con una traza ingeniosa.

D A R V I.

¿Que intentará el enemigo?

GRAN BRACMAN.

Sea qual fuere su designio, conviene desmentir nuestra situacion, con un sostenido orgullo.

D A R V I.

Aprendí en guerra, y en paz los

(1) *Parte el Oficial.*

deberes de un caudillo (1): y pues descansa en mí, la Patria, yo responderé á su confianza, sin amancillar su esplendor, ni aventurar á sus hijos.

SCENA IV.

MONTALVAN, JACOBO, EL OFICIAL MALABAR Y DICHOS.

MONTALVAN.

La santa humanidad dirige por postrera vez hasta vosotros mis pasos. Esta humanidad, instinto, mas que virtud en el hombre, habla sin cesar en mi corazon á favor vuestro. Vencido de su poder, vengo hoy á proponeros el partido que vuestra obstinacion no merecia.

DARVI.

¿Qual es Europeo?

MONTALVAN.

Que reconozcais la sincera amistad que por mí os ofrece mi augusto Soberano. Nada de esclavitud, nada de

(1) *Con alguna secatura.*

dependencia exîge de vosotros. Bien lejos de imponer el menor yugo á sus queridos Malabares, os mantendrá en vuestras leyes, vuestras costumbres y derechos, con todo el poder de sus armas. Vuestra sana fe, pide no mas: vuestra constante alianza: para que sus baxeles quando partan al Indostan, tengan un puerto seguro en el Oceano. Desvelado siempre por la felicidad de sus vasallos quiere llevar su comercio á lo mas remoto de la India, y esto le mueve á pediros un asilo para sus naves. Léjos de enviar en ellas la ruina á vuestros pueblos, hallaréis tal vez en una mútua negociacion, las mas decididas ventajas. Y en fin, amante de la paz y la concordia, os ruega hoy, Malabares; pero opresor formidable de la obstinacion, é infundado orgullo, os mandará mañana con las armas en la mano, reduciendo á polvo esas murallas, y pasando su guarnicion á cuchillo.

GRAN BRACMAN.

Dexa ese tono amenazador (1), si

(1) *Con fiereza.*

quieres obtener algun partido entre nosotros. Europeo, no es ya la vez primera que abatimos vuestra natural sobervia, y aun no se nos habrá olvidado el hacerlo, si vuelve á ser necesario.

MONTALVAN.

¿Quién es aquí el caudillo? ¿A quien está fiada la defensa de esa plaza?

GRAN BRACMAN.

A qualquiera ciudadano.

MONTALVAN.

Ni tu trage, ni tus razones (1) me dicen que hable contigo.

DARVI.

Zeloso nuestro Bracman por la gloria de su patria, se anticipó á contextarte. Nada hay mas justo que la demanda de tu Príncipe; pero la hacen sospechosa las tristes consecuencias que lloraron mil pueblos Malabares, por acceder sanamente á una igual propuesta, y abusar el Europeo de su bon-

(1) *Con desprecio.*

dad y confianza. So color de amistad tentó imponerles la amarga servidumbre, y hubieron de sacudirla con las armas en la mano. No diré, que vuestra fé sea tan poca en este caso; pero el temor de que lo sea, me obliga á proponer esta demanda al Pueblo, sin constituirme á sufrir en lo sucesivo sus justas reconvenciones: él la oiga, él delibere, y quéjese á sí de las resultas que tuviere.

MONTALVAN.

Es muy propia de un prudente caudillo esa respuesta. Solo quiero que en obsequio de mi sinceridad y buena fe les hagais presente, que sus muros quebrantados por nuestro vivo fuego, ofrecen á mis tropas por quatro brechas, una fácil entrada en la Ciudad: que su guarnicion disminuida y debilitada por su trabajosa defensa, no podrá resistirse muchos dias: que no debe esperar socorro alguno; y que ya la hubiera entrado á fuego y sangre, si mi augusto Soberano no me recomendara tanto la moderacion y humanidad con vosotros. Y protestadles de mi parte, que si hubieran dado oidos á mis regulares

propuestas, en vez de desecharlas groseramente, jamás se viera ese campo cubierto de cadáveres, ni regado con la sangre de sus dulces conciudadanos.

GRAN BRACMAN.

¡Oh qué astuta compasion! Y bien, si tanto blasonais de generosos, si os es tan recomendable la voz de humanidad, no negarás una demanda bien justa que traigo de su parte.

MONTALVAN.

¿Quál es?

GRAN BRACMAN.

Que se suspendan las hostilidades el corto término de un dia, suficiente á sepultar los cadáveres que infestan ya los ayres.

MONTALVAN.

Ningun otro motivo hiciera mas legítima esta tregua. Queda por mí otorgada; y hasta que salga otro sol se observará por los mios una paz inalterable. Vos aprovechaos (1) de este término para

(1) *A Darvi.*

responder á mi propuesta: seguro de que si no fuese admitida quando espire, llevaré á vuestros hogares el llanto, la asolacion y el exterminio.

DARVI.

Resuelva el Pueblo (1).

GRAN BRACMAN.

Obró mi astucia, y mi designio será verificado ya sin el menor obstáculo (2).

SCENA V.

MONTALVAN Y JACOBO.

JACOBO.

Mucho temo, que la pequeña tregua que les habeis acordado, encierre alguna infame trama.

MONTALVAN.

Nada receles. Conozco bien la sana

(1) *Parte por la izquierda con el Oficial Malabar.*

(2) *Parte por el centro de la izquierda.*

fé de estas sencillas gentes, y el respeto que guardan á las leyes de la guerra.

JACOBO.

Pero Señor, ¿el breve plazo de un dia basta acaso, para verificar su piadoso intento?

MONTALVAN.

No perderán de vista el lastimoso estado á que se hallan reducidos; fuera de que siendo tan corto el término que les he otorgado, no querrán excitar mi indignacion con atentados. Yo les doy una idea de generosidad en esta tregua, y me sirvo de ella para conceder á mis tropas un pequeño desahogo. Cansadas como yo, de la horrorosa scena, que nos ofrece esa playa cubierta de cadáveres: cansadas de verse en los horrendos lagos de sangre, que inundan esos campos: cansadas en fin del triste aspecto de la discordia, y la muerte que nos sigue á todas partes, ansiarán ya respirar un ayre de paz y de descanso. Al ménos este dia callará el triste lamento; y en vez de estremecerse estas orillas al estallido del cañon, resonarán los dulces himnos, y

festivos cánticos, que entonen la confianza y alegría. Por conocidas ventajas que prometa la ruinosa guerra, jamas llega á compensar los males que ocasiona. El aliento pestilente que exhala basta á envenenar el universo todo. Destierra de nosotros la paz, el placer puro, el delicioso comercio, la halagüeña abundancia; y en una palabra, toda la felicidad del hombre. La detesto, amigo: ni aun criado por mi desgracia, entre sus horrores, he podido acostumbrar á ellos mi corazon sensible. No puedo familiarizar mis ojos y mis oidos con la sangre y lastimeros ayes; y hubiera procurado exîmirme de esta horrorosa comision, á no traerme ella á unas costas, para mí tan agradables un dia.

JACOBO.

¡Como, señor! ¿Habeis conocido en otro tiempo este clima?

MONTALVAN.

¡Y que felice tiempo, Jacobo! Aquí, sí, en este propio sitio, conoció mi alma por la vez primera el imperio del

amor. Aquí vi á una adorable Indiana, cuyos ojos me robaron la volnntad para siempre. Sus hechiceras gracias::: ¡Ay! ¡quan dichoso me llamé yo aquel momento, en que pagó mis ánsias con la pura confesion de que me amaba! A pesar de la austeridad de las costumbres malabares, la ví lo necesario, para que sus virtudes hicieran mi pasion incontrastable. ¡Quantas veces esta playa, esos frondosos árboles, esas tajadas peñas oyeron de sus labios encantadores:::! ¡Ay, amigo, que lisonjeras memorias! Yo trataba ya de unirla á mí para siempre, y mi enamorada se disponia á abandonar estas riberas, quando el comandante, á cuyas órdenes venia, mandó repentinamente levar anclas, y hacernos á la vela, sin tener aun el atroz consuelo de decir el doloroso á dios al objeto de mis amores. Quatro años han pasado, sin apartarse un instante de mi afligida memoria. Consolábame á veces con la esperanza lisonjera de volver un dia á estas costas, importunando al cielo con mis votos, porque cumpliera mis deseos. Considera tú, con qué placer recibiria la

órden de embarcarme para estos mares, con el objeto de saber la suerte de mi amada, apenas desembarcamos, pedí con la mayor sumision la alianza de esos bárbaros; y el temor de sepultar su vida entre las ruinas de su pátria, no me dexó castigar su contextacion grosera, llevando hasta sus casas el fuego y el cuchillo. Esta pequeña tregua, no solicitada por mí vergonzosamente, va á hacer comun este sitio á Malabares y Franceses: y la comunicacion de ámbos partidos facilitará á lo ménos el tomar noticia de esta Indiana, y avisarla de mi arribo. ¿Quien sabe si aun arderá en su corazon aquella dulce llama? Sepamos su destino, Jacobo. Los instantes son pocos, y es necesario aprovecharlos. Y pues te he fiado mi corazon, haz por traerme alguna nueva de Lanasa. Así se llama la jóven, y lo ilustre de su familia hará que pueda instruirte de su suerte qualquiera Indiano.

JACOBO.

Lanasa?

MONTALVAN.

Sí.

JACOBO.

Pues corro á complaceros (1).

MONTALVAN.

Parte, parte, y no te olvides, que de tu diligencia pende todo el descanso de mi alma. Y tú Lanasa mia, perdona, si alteré la dulce calma de tu mansion dichosa, con el estruendo de mis armas, pues triunfan hoy de mis tiernos sentimientos el honor, el deber y la obediencia (2).

(1) *Vase izquierda.*
(2) *Vase derecha.*

ACTO II.

Gabinete corto ricamente adornado á la Chinesca.

SCENA PRIMERA.

LANASA VESTIDA MAGNIFICAMENTE, Y FATIMA.

FATIMA.

Pero señora ¿á que ley acabais de someteros? ¿Será verdad? :::

LANASA.

Cóbrate de ese espanto, amada Fátima. Nacida allá en la Persia, y baxo un clima mas benéfico, te son extrañas nuestras costumbres; pero yo debo respetarlas y seguirlas. No soy la primera, que desciende á esos sepulcros de fuego; que ya esas rocas y paredes están denegridas tiempo hace por el humo de tan fatales hogueras.

FATIMA.

Pero ¿es creible, que el exceso de

amor á vuestro esposo os haga aborrecer la misma vida? ¿Que obsequio puede ser para su insensible sombra, el horrible sacrificio que vais á hacer de vuestra amable juventud?

LANASA.

No has penetrado el misterio: solo el honor es mi tirano. O precipitarme en la hoguera, ó vivir cubierta de una eterna infamia. Estos son los únicos recursos que me concede la ley.

FATIMA.

¿Y qual fué la débil muger primera, que humilló la frente á tan bárbara costumbre? ¿Y qual despues, imitando su flaqueza, comenzó á dar fuerza de ley á una demencia semejante? Muere el esposo, y su triste viuda debe seguirle hasta el sepulcro; mas si ella fallece antes ¿sigue él por ventura la costumbre?

LANASA.

No, Fátima, habla solo con nosotras.

FATIMA.

¡Hombre feroz é injusto! sexô mas flaco y tímido que el nuestro ¿á que dictar la ley para exîmirte de ella? Y bien, vos debeis castigar su iniqüidad, aboliendo con la costumbre, el imperio que se abrogaron sobre nosotras. Vos debeis vengar á tantas inocentes víctimas como llevó su crueldad al sepulcro. Si el exemplo de una muger débil pudo autorizarla, logre el vuestro destruirla enteramente. Sí, desterradla de estos funestos climas, quebrantando con firmeza la cadena quimérica, que os arrastra al sepulcro de vuestros maridos. Triunfad de un fanatismo tan perjudicial á nuestro sexô (1), sacándole de esta dolorosa servidumbre. Yo os lo ruego, señora: apartad de vuestros ojos la venda, y hollad con heroismo la frente de tan dura tiranía, si quereis que vuestra memoria sea honrada en todos tiempos por los alegres cánticos que consagren las Indianas á la redentora de su sexô.

(1) *Con el mayor interès.*

LANASA.

No está mi corazon para alucinarse de esa gloria venidera. Y quando lo estuviese, y me negára al poder de tan envejecida costumbre, ¿que seria de Lanasa? Perseguida siempre por los deudos de mi esposo, que aguardan impacientes la hora de acompañarme al Templo, vituperada por el pueblo, exêcrada por nuestros Bracmanes, y seguida siempre de la cólera de los dioses, ¿adonde iria? ¿en quien hallaria el menor apoyo?

FATIMA.

En vuestra familia.

LANASA.

Ninguna exîste ya (1).

FATIMA.

¿Como? Pues : : : (2)

(1) *Enternecida.*
(2) *Sorprehendida.*

LANASA.

Mira si nos oyen.

FATIMA.

No Señora (1).

LANASA.

Atiende pues, y sepulta en tu pecho los secretos que te fio. Aprende mis desgracias, y conoce quanto va á serme dulce la muerte, para querer huirla. Nacida léjos de estas costas, apénas abrí los ojos, quando perdí mi cariñosa madre. Formábame en las caricias de mi padre, quando la persecucion de un enemigo de su gloria le obligó á huir á remotos climas, dexándome abandonada, sin cumplir un lustro, á un fiel criado suyo. Crecí en su compañía, y fuí por él traida á estas funestas costas, pasando siempre por su hija.

FATIMA.

¿Que decis, Señora?

(1) *Despues de exâminar la Scena.*

LANASA.

Esclava ya de los usos Malabares, y no ménos de la voluntad de mi creido padre, comencé á gemir su tiranía, uniéndome por fuerza:::

FATIMA.

¿Por fuerza? Como::: (1) ¿vos no amabais?

LANASA.

No: jamas le pude amar: llegó ya tarde á mí, para hallar lugar en mi corazon (2). Una nave tan fatal, como la que me conduxo de Ugles, me hizo conocer aquí á un Europeo gallardo. La simpatía acaso nos hizo amar desde que nos vimos. Fué el primer hombre, Fátima, á quien no pude mirar con indiferencia: pero ¿que esperanza, en un país sin sociedad, y donde es delito aun el inocente comercio de una Indiana con el extran-

(1) *Con admiracion.*

(2) *Baxando un poco la voz, mirando rezelosa la Scena, acercándose á Fátima.*

gero? Sin embargo el amor que es ingenioso, inspiró á mi jóven guerrero el medio de introducirse en mi casa, y en la confianza de mi creido padre, con el pretexto de entablar con él una negociacion interesante. Así le ví muchas veces á mi salvo: así le hablé, así supe su amor, y le dí sinceras pruebas del mio: tratábame de hacer su esposa (1); pero Lanasa estaba destinada desde su primer aurora, á ser víctima inculpable de las leyes. Las nuestras no consentian este enlace. Era necesario abandonar estas arenas, y separarme de mi padre para siempre, y esta consideracion no me dexó resolver en muchos dias.

FATIMA.

¿Luego ignorabais entónces el arcano que acabais de revelarme?

LANASA.

Ese es, amiga, el orígen de mis desgracias (2). Ya en fin, iba cedien-

(1) *Con abatimiento.*
(2) *Penetrada de dolor.*

do á sus instancias : ya estaba próxîmo el amor, á triunfar de la sagrada obligacion que me ligaba á mi padre, quando de repente se hizo á la vela la nave, que habia conducido á mi amante, y volvió (1) á robármele para siempre: considera qual quedaria la infeliz Lanasa.

FATIMA.

¡Oh que fatal contratiempo!

LANASA.

Cubierta desde entónces, de una negra desesperacion (2): me era insufrible hasta la luz del dia, deseando que llegára el sueño postrero á cerrar mis llorosos párpados. En esta situacion, Fátima mia::: (3) ¡quan digna soy de lástima! En esta situacion me obligó la autoridad paterna á unirme::: (4) aun ahora me extremece aquel fatal momento. ¿Te parece, amiga, que en el terrible estado en que me hallaba, podria

(1) *Penetrada de dolor.*
(2) *Con tono de desesperacion.*
(3) *Con languidez.*
(4) *Con horror.*

amar al hombre que me destinaba por esposo? No le amaba (1); pero tuve que ser suya, y ocultarle mis tiernos sentimientos.

FATIMA.

¡Que odiosa tiranía!

LANASA.

Murió poco despues el bárbaro, que respeté tan á mi costa, como á padre, y dexóme por herencia la declaracion de mi nacimiento, y las desgracias de los mios (2). Entonces fué quando llegué á conocer y sentir toda la extension de mi infortunio; pues por una ciega sumision á un hombre, que segun supe despues, ningun derecho tenia sobre mi voluntad, no solo perdí lo que amaba, sino que me ligué para siempre á quien aborrecia.

FATIMA.

¿Y aun tendrás valor para seguirle en el sepulcro (3)? ¿Sacrificareis torpe-

(1) *Volviendo á su abatimiento.*
(2) *Con desesperacion.*
(3) *Con firmeza.*

mente á sus odiosos manes el resto de vuestros dias?

LANASA.

Así lo manda un uso inviolable (1): así lo exîge mi promesa, y lo pide mi situacion. La viudez y el himeneo habran sido crueles igualmente para la triste Lanasa.

FATIMA.

No os ofusqueis, señora (2); y ya que la misma naturaleza rompió un lazo, que formó la tiranía tan en perjuicio vuestro, servios de esa libertad para reparar vuestras desgracias.

LANASA.

¿Y como?

FATIMA.

Si el Europeo se hace dueño de esta plaza, ¿será acaso imposible que conozca á vuestro amante, que os dé noticia de su paradero, y aun os conduzca, si quereis, hasta el dichoso clima que él habita?

(1) *Con sumision forzada.*
(2) *Con dulzura.*

LANASA.

¡Qual pretendes engañar mis sentimientos con tan alagüeñas imágenes! No es dado á esta miserable conocer un dia tan claro, Fatima (1). Ni aun me es lícito consolar mi horroroso estado con esa dulce esperanza. Toda ya de mi esposo, de mi opinion y de la ley, no puedo apartar un punto los ojos de la fatal hoguera.

FATIMA.

¿Y vos amais al Europeo (2)?

LANASA.

Ah! que no es tan agradable para mí el deseado fin de mis males (3), como su memoria: si por ventura mia fuese él á quien me hubiera unido, ¡con qué gozo corriera yo misma á encender la triste pira! ¡Qual bendeciria la ley, que unia mis cenizas á las de mi aman-

(1) *Con abatimiento y desconsuelo.*
(2) *Con enfado, y tono de reconvencion.*
(3) *Afectuosa.*

te! Creelo, Fátima: si pudiera concebir la esperanza mas remota de volver á verle::: si pensára gozarme un dia en sus amables qualidades (1):::

FATIMA.

No lo dudeis (2)::: Mi corazon, mi mismo corazon me pronostica, que va á cambiarse enteramente vuestra suerte.

SCENA VII.

EL JOVEN BRACMAN, DARVI Y LAS DICHAS.

Y bien ¿que objeto os conduce ahora á nosotras (3)? La muerte, el luto y el terror os vienen sin duda acompañando. ¿Llegais acaso á reclamar una bárbara promesa? ¿Venis á arrebatar á mi señora de mis brazos?

LANASA.

Déxanos solos, Fátima.

(1) *Poseida de una ilusion agradable.*
(2) *Regocijada.*
(3) *Con fiereza al jóven Bracman.*

DARVI.

Servios decirla, que no permita llegar aquí persona alguna, sin avisarnos primero.

LANASA.

Ya lo oiste: cúmplelo exâctamente.

FATIMA.

Sin duda van á destruir el fruto de mis persuasiones, sosteniendo el fanatismo que la conduce á la muerte (1).

JOVEN BRACMAN.

¡Quanto es cruel mi suerte, señora! Aquí me acusan de inhumano, miéntras allá mi superior reprehende la sensibilidad de mi carácter. El en contínua meditacion sobre lo eterno, nada parece que ve sobre la tierra; pero yo conozco que nací á padecer en ella, y no tengo el necesario esfuerzo para desmentir mis sentimientos. No le tengo: me estremezco al acordar, que soy quien debe conduciros á la muerte, quando quisiera derribar el ara, y extinguir la

(1) *Vase mirándolos con indignacion.*

primer hoguera que ofrece en este sitio á mis ojos un uso detestable.

LANASA.

¿Que decis?.... (1).

JOVEN BRACMAN.

Quanto mas os miro, mas conmovida mi alma, se resiste á obedecer:.: ¡Ah! no es posible que yo arrastre tan bella juventud hácia el sepulcro (2).

LANASA.

¿Confesareis una flaqueza tan agena de un Bracman? ¿Como habiendo nacido tan sensible, os asociásteis á unos hombres, que hacen voto de ferocidad y de barbarie?

DARVI.

¿Quien por ventura fué dueño de elegir su suerte?

JOVEN BRACMAN.

Así es, señora: era preciso que el

(1) *Admirada.*
(2) *Con resolucion.*

hombre compasivo, que me libró de la muerte, me traxera en sus brazos desde Bengala á estas costas: era preciso que él muriera, y que huérfano y abandonado á mi suerte, fuese recibido por Ministro de este templo; de manera, que perseguido en todas partes de unos usos exêcrables, el uno me destierra de mi patria, y de otro debo ser aquí executor inhumano.

DARVI.

¡Ay cruel memoria (1)!

LANASA.

¿Tambien á vos os aleja de la patria una costumbre?

JOVEN BRACMAN.

Si señora: una costumbre bárbara, que condena á ser colgados por tres dias de una palma á todo recien nacido, que reusa tres veces tomar el pecho de la madre. Yo iba á padecer es-

(1) *Como atormentado de algun funesto recuerdo.*

ta suerte, quando lastimado mi verdugo huyó conmigo.

DARVI.

¡Ah, que recuerdo tan amargo (1)!

JOVEN BRACMAN.

Pero ¿que veo? ¿Vos, señor, enternecido? ¿Vos llorosa?

DARVI.

¡Ay prenda de mi alma!

LANASA.

No os admireis..... vuestra historia renueva en mí una herida ::: ¡Ah! bien léjos de estas costas fué proscripto por esa misma costumbre un infeliz de mi familia.

DARVI.

¡Oh ley atroz, qual despedazas mis entrañas!

LANASA.

De manera que en distintas épocas y climas experimentamos los dos la

(1) *Enternecido.*

misma suerte: él en su primer aurora y yo en mi lozana juventud: yo en el Malabar, y él en las riberas de Ugles.

LOS DOS.

¿De Ugles (1)?

LANASA.

Allí vimos los dos la luz primera.

DARVI.

¡Que espanto cubre mi alma!

JOVEN BRACMAN.

Por compasion:: (2) decid:: ¡quanto me interesa ya vuestra suerte! Un mismo cielo influyó en nuestra exîstencia.

LANASA.

Como:: ¿nacisteis vos en Ugles?

DARVI.

¡Que cruel agitacion! Decidme los dos: ¿quienes fuéron vuestros padres?

(1) *A un tiempo con viveza.*
(2) *Con el mayor interes.*

LANASA.

Lanasa el mio.

JOVEN BRACMAN.

¡Ay, hermana (1)!

DARVI.

¡Dioses (2)!

LANASA.

¡Sueño (3)!

JOVEN BRACMAN.

Hermana... (4)

LANASA.

Como....

(1) *Despues de dar un grito de espanto, arrojándose enternecido á los brazos de Lanasa.*

(2) *Poseido de un repentino asombro y ternura, en cuya situacion permanece, cubriendo el rostro con ámbas manos, y como agoviado de su emocion interior.*

(3) *Como agitada de su sorpresa.*

(4) *Volviendo á precipitarse en sus brazos.*

JOVEN BRACMAN.

Sí: yo soy ese tierno hermano, que lloraste muerto. Yo soy el ser desventurado, á quien salvó la vida un compasivo ministro, para gemir eternamente la pérdida de su padre y su familia. ¡Ah! Tú no exîstias aun, quando me alejaron de mi pátria. No pasaste la amargura de separarte para siempre de tu tierno hermano. Nuestros padres habrán fallecido ya, sin el consuelo de saber, que una benéfica mano conservó mis inocentes dias.

DARVI.

¡Desventurado!

LANASA.

¿Deliro?

JOVEN BRACMAN.

Al fin nos reune el cielo (1): pero ¡en que fatal instante! ¡en que ocasion! condenada á morir por la ley (2)::: No,

(1) *Con abatimiento.*
(2) *Con resolucion y despecho.*

no es tiempo ya de respetarla. Señor, si no (1) me engañó vuestro carácter, si no mienten esas lágrimas, testimonios de vuestra sensibilidad y ternura, compadecereis la suerte de estos infelices hermanos, y me ayudareis á salvar á esta inocente víctima. Yo os lo ruego, sí, yo os lo ruego en nombre de la naturaleza. Si experimentó vuestro corazon algun dia sus dulces sentimientos, si gozasteis la delicia del fraternal amor, si fuisteis padre (2)::: ¿Me abrazais? ¿llorais conmigo?

DARVI.

No puedo resistir tan poderoso contraste.

JOVEN BRACMAN.

¡Ah! ya conozco que os hace la compasion de parte de nuestra desgracia (3). Sí, Lanasa, tú no gemirás el yugo de esa tirana ley.

(1) *Darvi prorrumpe en lágrimas abrazándole.*

(2) *Enternecido.*

(3) *Con resolucion.*

LANASA.

Ella misma te condena á exhortarme á su observancia. Por Bracman, y por hermano te toca conducirme á la pira.

JOVEN BRACMAN.

¿Que pronuncias cruel? (1) Yo no reconozco otro deber, que el de salvar tu vida. Nada me importan ya vuestras leyes, ni costumbres: me sobra esfuerzo para oponerme á ellas, abolir un atroz exemplo, y arrancarte del poder de esos crueles, que se apresuran á conducirte al templo: sí, muger alucinada, el solo objeto de librarte nos conduxo á tu presencia, quando eras para mí, solo una Indiana desgraciada: y ahora que se une á mi compasion el interés de la sangre, ¿querrás que te abandone á tu suerte (2)? No lo esperes.

DARVI.

¡Ah! sí: yo me intereso tambien en la conservacion de vuestros dias. De-

(1) *Con indignacion.*
(2) *Con la mayor firmeza.*

testo, como vuestro hermano, la ferocidad de esta costumbre, y auxîliaré con todo esfuerzo sus deseos.

LANASA.

¡Ay, señor! que yo no puedo exîmirme de ella sin quedar cubierta de un eterno oprobrio.

JOVEN BRACMAN.

¿Tanto puede la preocupacion sobre vosotros?

LANASA.

Enmienda la del pais, y yo destruiré la mia.

JOVEN BRACMAN.

Quando no logre enmendarla, lograré á lo ménos castigar tu obstinacion: sí, cruel, yo haré patente el arcano del vínculo que nos une: yo declamaré contra la ley: abjuraré mi ministerio, y correré á derribar el ara que preparan esos bárbaros (1).

(1) *En acto de partir arrebatadamente.*

LANASA.

Detente, no te pierdas (1).

DARVI.

¡O desventuradas criaturas!

JOVEN BRACMAN.

¿A qué, si nada han de poder mis ruegos?

LANASA.

¿Por que exîges de mí tal imposible?

DARVI.

Si valiera algo con vos mi ruego::: si quisiérais abrazar un consejo de mis años, tal vez.....

LANASA.

Vos me agraviais, señor, si me juzgais capaz de aborrecer mi exîstencia. La amo, y desearia conservarla, sin riesgo de mi opinion.

DARVI.

Acreditadlo pues, esperando al ménos que la guerra fixe el destino de esta plaza. Ella tal vez os volverá el de-

(1) *Corriendo á detenerle consternada.*

pecho amable á conservar la vida.

LANASA.

Y si es vencido el Europeo, habré de correr hácia la pira, despues de publicar mi flaqueza: y un sacrificio que hoy honrará mi memoria, la cubrirá entónces de soez infamia.

DARVI.

En ese caso mudareis de clima, y evitareis la afrenta. Estas horribles costumbres solo estienden su imperio en estas costas. Abandonad la India, interponiendo entre ella y vuestra desgracia el ancho Océano. En qualquier otro pais hallareis un dulce asilo, y vivireis dichosa, baxo unas suaves leyes, que la misma naturaleza estableció á los hombres. Leyes, nacidas con nosotros, y no prescriptas por una absurda convencion ó tiranía. Leyes inmutables, y respetadas por todos. Leyes en fin, que dictó el cielo y no el hombre, y que no tienen por límites el tiempo ni los mares. Sí, jóven desgraciada: alejémonos de este obscuro cielo, triunfando de la iniquidad opresora, que ha senta-

do aquí impunemente su trono. Yo os acompañaré aunque sea con pasos trémulos, participando de vuestra nueva suerte, sea la que fuere.

JOVEN BRACMAN.

¡Ay Lanasa! ¿Te negarás por ventura á tan prudente consejo? ¿Pagarás tan mal su generosa compasion? ¿Te obstinarás aun :::... (1). No, no lo creo. Resuélvete: partamos á respirar un ayre mas feliz en otro clima: y ya que somos solos en la tierra, ya que perdimos para siempre nuestros padres:::

LANASA.

¡Oh, si vivieran (2)!

DARVI.

¡Si vivieran! :::... (3). ¿A que, señora (4)? ¿A veros precipitar en las llamas? ¿A llorar el funesto fin de su

(1) *Con vehemencia.*
(2) *Enternecida.*
(3) *Arrebatado.*
(4) *Recobrándose y esforzándose á encubrir su agitacion.*

hija? ¿A veros preferir una engañosa gloria al placer de consolarlos en su vejez?

LANASA.

Como::: ¿Yo abandonarlos (1) entónces? ¿Yo respetar otra ley, que la de su gusto? Mal conoceis la ternura que les consagra esta infeliz, sin haberles conocido. El ánsia de unirme á ellos en otro suelo, me hace arrostrar con gusto la ley, que ha abierto mi sepulcro.

DARVI.

¡Ay, hija! ¡Ay, dulces hijos! (2)

JOVEN BRACMAN.

Señor::: (3)

LANASA.

¡Piadoso cielo!::: (4)

(1) *Afectuosa.*

(2) *Impelido de su ternura, arrojándose de improviso á los brazos de ámbos.*

(3) *Mirando á Darvi entre asombrado y dudoso.*

(4) *Poseida de sorpresa y ternura.*

DARVI.

No puedo resistir mas tiempo el poder de la naturaleza: no puedo acallar sus deliciosos impulsos. Hijos queridos (1), prendas preciosas de una union desventurada, ¿es posible que vuelvo á veros, despues de tantos años como os lloré perdidos? ¿Quien nos reune en tan funesto clima? Tornad, tornad á abrazarme, pedazos de mi vida: estrechaos á mí, juntad vuestras lágrimas á las de este infelice padre (2). Dioses sempiternos, ¿que os hizo esta familia, para que así descargueis en ella vuestra cólera? Apénas tú fuiste nacido para consuelo de tus padres, una bárbara ley te condenó, como sabes, á ser arrojado al caudaloso Gange. Para calmar, al parecer, nuestro dolor, vienes tú al mundo, y muere de sobre parto tu madre, golpe el mas atroz para mí,

(1) *Mirando con delicia á los dos, y besando ellos con la mayor expresion su mano.*

(2) *Levantándoles, y levantando sus manos al cielo.*

que me miraba en sus ojos. Aun no se habian enjugado los mios, quando un ribal poderoso de mi gloria y mis hazañas, me persigue hasta el extremo de hacerme abandonar mi casa, y el solo bien que me restaba en la tierra, que eras tú, Lanasa: ¡oh dolorosa memoria! eras tan tierna aun para seguir mis derrotas, que hube de dexarte confiada á un criado mio, de quien, ni de tí, pude saber jamas, por diligencias que hice. Errante y desconsolado corrí toda la India, regándola con mis lágrimas, sin hallar descanso en parte alguna, hasta que un extraño accidente me traxo, aun no hace un año, de mandarin de esta plaza, para hallaros, y coronar mis quebrantos con el mayor de todos.

JÓVEN BRACMAN.

No lo temais, padre mio: cansado el cielo ya de afligirnos, previene un dia sereno á nuestras penas. Ya no debe ocuparnos otro objeto que el de librar á mi hermana, y alejarnos de estas playas; teniéndoos tan de mi parte, ¿que habrá que me detenga, ni intimide?

DARVI.

¡Ay, hijo! que mi poder es mas limitado que piensas. Usurpada, tiempos hace, nuestra autoridad por el Intérprete de la ley, solo nos queda el nombre de Gobernadores, las fatigas del empleo, y una responsabilidad muy dura de la tranquilidad del pueblo. Todo depende de la voz del Bracman supremo, á quien tiemblan y obedecen, como á su inmediato Príncipe.

LANASA.

Y en tan triste constitucion ¿que hemos de hacer, padre mio?

JOVEN BRACMAN.

No desmayes, que yo sabré:::

SCENA VIII.

FATIMA TURBADA Y LOS DICHOS.

FATIMA.

El Gran Bracman quiere hablaros.

DARVI.

Cuenta, hija, con no descubrir este secreto (1), ni darle el menor recelo, con tu resistencia. Muéstrate pronta á correr al Templo, mientras nosotros meditamos el modo de salvarte.

JÓVEN BRACMAN.

Convendria, no poco, que no os viera.

LANASA.

Querida Fátima, conduce á los dos por esa, estancia, miéntras yo salgo por esta á recibirle.

FATIMA.

¡Qual será este misterio! Venid presto.

DARVI.

Justos dioses, mostraos satisfechos de nuestro padecer, y defended nuestra inocencia.

(1) *Reservándose de Fátima.*

ACTO TERCERO.

Acampamento Francés.

SCENA PRIMERA.

MONTALVAN POR LA DERECHA, Y JACOBO PRESUROSO, Y COMO ATERRADO POR LA IZQUIERDA.

MONTALVAN.

Y bien ¿qual fue tu suerte (1)? ¿Descubriste? :::

JACOBO.

No señor, que detenido :::

MONTALVAN.

¿Por quien (2)? ¿Acaso atropellaron esos bárbaros? :::

JACOBO.

La fanática muchedumbre, que cubre esa llanura, estorva el paso para la plaza, lo mismo á Malabares, que

(1) *Con impaciencia y regocijo.*
(2) *Interrumpiéndole con indignacion.*

Franceses. Pregunté la ocasion de aquel concurso, y supe que lo era un expectáculo horroroso que preparaba el furor de los Bracmanes.

MONTALVAN.

¿Y qual? ¿Te lo dixeron?

JACÓBO.

Una jóven Indiana, cuyo marido falleció este dia, que dentro de dos horas, habrá de arrojarse viva á las voraces llamas.

MONTALVAN.

¡Que horror, Dios mio! ¿Y que delito la condena á tan atroz castigo?

JACOBO.

El de una bárbara costumbre, que las priva de sobrevivir á sus maridos.

MONTALVAN.

Ah sí. No la ignoro.

JACOBO.

Ya la víctima es conducida á un departamento de ese templo, acompañada de sus regocijados parientes, y ya

impaciente el insensato pueblo aguarda la horrorosa ceremonia, como el festin mas agradable á sus ojos. Las preciosas joyas de oro, perlas, diamantes y rubíes con que se adorna la infelice viuda, sirven de ofrenda á los altares, y de botin á la codicia del Bracman su premo. Tal es en este clima el triunfo de la crueldad, y el fanatismo.

MONTALVAN.

¿Es verdad? ¿La religion autoriza su torpeza? ¿Él pueblo la sostiene, y la consiente el mismo cielo? No, pues, no la consientan los generosos Franceses.

JACOBO.

Perdonad, si por esta causa no desempeñé la comision que me disteis.

MONTALVAN.

Olvidemos por ahora mi amor, y oigamos la voz de la humanidad, que implora nuestro auxîlio. Aquella infelîz muger necesita de mi valor, y es fuerza volar á socorrerla. Sí, Jacobo, no perdonemos medio alguno para salvarla. Ven, sigue mis pasos.

SCENA II.

EL GRAN BRACMAN, EL JOVEN BRACMAN Y DICHOS

GRAN BRACMAN.

Orgulloso Europeo, aguarda (1), y satisfaz la justa queja, que de vosotros tengo. ¿Quien, por ventura os dió derecho para impedir el culto de nuestros dioses? ¿Quien, la osadía de interrumpir nuestras sagradas ceremonias? ¿Es esta la sana fe, y respeto que guardais á las leyes de la guerra, que en desprecio de la tregua tratan los tuyos de recurrir á las armas? Sin veneracion á ese templo y su sagrado recinto, acaban de detenerme tumultuados, y este escandaloso ultrage:::

MONTALVAN.

No le estrañes. Yo conozco la razon que les ha inflamado.

(1) *Con tono audaz, deteniendo á Montalvan.*

GRAN BRACMAN.

La de tu órden solamente.

MONTALVAN.

Basta : soy demasiado esclavo de mi honor, y mis promesas : corre, suspende su indiscreto ardor : que nada intenten sin mi órden, ó haré un escarmiento en el primero que se propase (1).

SCENA III.

EL GRAN BRACMAN, EL JOVEN BRACMAN Y MONTALVAN.

JÓVEN BRACMAN.

¡Qué valor tan prudente!

MONTALVAN.

Ya que quedas satisfecho, y convencido de la injuria que me hiciste, dime, ¿puedo creer lo que me cuentan de vuestras costumbres abominables? ¿O serán ciertos unos ritos, que por feroces, son mirados en Europa como fa-

(1) *A Jacobo, y vase.*

bulosos? ¿Será tu autoridad quien los sostiene? ¿Ignoras por ventura que los sagrados Templos son erigidos para asilo de los mortales desgraciados? ¿Ignoras que los Ministros del cielo son Angeles de paz, cuyas manos deben esparcir consuelos sobre la tierra? ¿Y que con esta feliz ocupacion honran el Templo, desempeñan su carácter, y se hacen acreedores á la veneracion de los pueblos? Pues ¿como tú, afrenta de tus dioses, á quienes representas en tu Patria, alzas al cielo tus manos desoladoras, haciendo ley del estado tus excesos, y cifrando impunemente en ellos el patrimonio injusto de tu Pontificado? Sufre mis reconvenciones, alma insensible (1). Al pie de los altares ¿te atreves á encender esas horribles hogueras, que han de consumir las inocentes víctimas de tu exêcrable codicia? ¿Los Sacerdotes mismos se ocupan en abrir esos horrendos sepulcros? Me extremezco, sí, maldigo una y mil veces un cli-

(1) *Con firmeza al Bracman, que quiere interrumpirle con una mirada feroz.*

ma, que deposita el incensario de sus dioses en las manos de los sanguinarios verdugos. ¿Tendrás valor, dí, inhumano, para ver con serenidad como á tu voz se arroja una infeliz muger en las voraces llamas? ¿Escucharás sin terror sus penetrantes alaridos? No la conozco; pero conozco su desgracia, y la compasion que merece. Mi corazon acaso ménos inflexîble que el tuyo, me impele á socorrerla contra tí, y contra vuestras torpes costumbres; á arrancar de ese preocupado pueblo la venda que le ciega; y abolir, á pesar tuyo, unos usos destructores, para que la posteridad diga en mi elogio: "Montalvan es„tableció la humanidad en las costas „Malabares."

JOVEN BRACMAN.

¡Oh alma generosa! Ya no dudo que hallen en tí nuestras desgracias un asilo.

GRAN BRACMAN.

¿A qué extremo piensas llevar tu audacia?

MONTALVAN.

Solo al de que me conozcas.

GRAN BRACMAN.

Aun no eres vencedor, para que nos hables como dueño.

MONTALVAN.

Hablo como hombre.

GRAN BRACMAN.

Yo como oráculo de los dioses, inspirado de ellos mismos.

MONTALVAN.

No pueden tus dioses inspirarte la atrocidad y el crimen.

GRAN BRACMAN.

¿Quien eres tú para júzgar las costumbres de mi Patria, y sepultar en el olvido un uso que arraigó la série de mil siglos? ¿Crees arrancar con tus manos débiles ese cipres funesto, que cubre con su sombra la India toda?

MONTALVAN.

Si son débiles mis manos, para arrancar sus hondas raices, sabré traer el acha cortadora.

GRAN BRACMAN.

Inútiles esfuerzos, quando el tiempo ha convertido en bronce su corteza.

MONTALVAN.

Tu corazon es el de bronce malvado (1). Reflexîona pues, que quanto mas antigua es la costumbre, tanto mas es tiempo ya de abolirla, y de que empieces á sentir los atroces remordimientos de tu impiedad y codicia.

GRAN BRACMAN.

Temerario Europeo, no me insultes, si no quieres....

MONTALVAN.

¿Tú me amenazas, bárbaro?

JOVEN BRACMAN.

¡Que orgullo, y qué osadía!

MONTALVAN.

¿Es insultarte, dí, querer que conozcas los derechos de la humanidad?

(1) *Con el mayor enojo.*

¿Tú eres Sacerdote? ¿Tú Bracman? ¿Que soplo envenenado animó tu forma? ¿Que fiera, dí, qué roca te concibió en sus entrañas? ¿Jamas vertieron lágrimas tus ojos? ¿Jamas gozaste el encanto de la compasion y ternura? ¿Era preciso que viniera yo á estas playas para hacerte conocer que hay piedad sobre la tierra? Tigre feroz, yo contendré tus excesos. Yo extinguiré para siempre vuestras infames hogueras (1).

GRAN BRACMAN.

A demasiado aspiras: es necesario que primero extingas el amor, el zelo y la firmeza, fundada sobre la basa robusta de la religion, que confunde aquí, el respeto que tributan al esposo, con el que debemos á los dioses. Este generoso amor á la gloria hace que las mugeres indianas triunfen con heroismo de la muerte, y no es tan fácil, como piensas, el destruir su entusiasmo. Y en quanto á la dura ley, á que las viudas se someten, sabe, aturdido Jóven, que está apoyada en la razon y la jus-

(1) *Amenazándole con resolucion.*

ticia. En tanto que ella reyna en nuestros climas, ninguna anticipó la muerte á su esposo, con el puñal, ó el veneno, como hicieron ántes de ser establecida.

MONTALVAN.

No así injuries el carácter de la muger. Esas malvadas esposas, á que te refieres, las aborta el abismo raras veces, y no hay severa ley que las aleje del crimen. Las demas no necesitan en pais alguno, que las recuerden las leyes, el amor y fidelidad que deben al esposo. Terminemos ya la sesion, pues reclama esa infeliz, estos preciosos momentos. Vuestros horrorosos espectáculos han excitado justamente mi furor, y el de los mios: con el piadoso objeto de sepultar los cadáveres indianos, me pedisteis una trégua. Ahora conozco que tu astucia quiso asegurar con ella la execucion de esa odiosa ceremonia. Ya la acordé, no hay remedio; por hoy estás seguro de mi cólera: pero mira bien lo que haces, porque si mañana, como espero, me hago dueño de la plaza, vengaré en tí solo los ultrajes, que su-

frió por tí la humanidad en estas costas (1).

GRAN BRACMAN.

Tan despreciable es tu arrogancia, como tus amenazas inútiles.

MONTALVAN.

Lo veo, alma feroz, lo veo, conozco tu dureza, erigida ya en sistema: pero lo que mis persuasiones no logran, lo lograrán quizás.... (2) Aléjate de mí, vete, sí, vete: que yo juro sobre esta espada, sobre esta cortadora espada: que por ninguna otra causa pudiera desnudar mas dignamente, que ántes que piensas he de llevar á ese Templo profanado por tus excesos, el espanto que desprecias, y que á tus mismos ojos he de pisar las aras, salvar la víctima, y aun abolir la costumbre.

GRAN BRACMAN.

Yo sé que respetarás el derecho de la guerra, guardando religiosamente la trégua convenida. Quando espire, ya la

(1) *Arrebatado.*
(2) *Con desprecio y horror.*

viuda habrá satisfecho su sagrada deuda, los dioses complacidos de mi zelo, y tú calmado ese furor indiscreto.

JOVEN BRACMAN.

Señor, yo os ruego que espereis aquí un instante (1).

SCENA III.

MONTALVAN, Y POCO DESPUES JACOBO.

MONTALVAN.

¿Que querrá este traydor? ¿Precipitar mi cólera? ¿Atormentar mi corazon, confiado en el fatal armisticio? Malvados, ¡con que astucia lograsteis asegurar ese espectáculo odioso! Yo mismo apresuré el suplicio de esa muger desgraciada. ¿Y podré verla correr ácia la muerte? ¿Podré ver elevarse hasta las nubes la llama abrasadora, y cubrirse el ayre del humo pestilente, sin correr::: ¿Adonde, triste de mí? ¿Adonde sin violar la sagrada fé de mi promesa? ¿He

(1) *A Montalvan como receloso de que le vea el Bracman.*

de quebrantar una trégua? ¿He de atropellar los derechos de la guerra? ¿He de burlar el seguro, que les dí yo mismo, y sobre el qual descansan confiados? ¡Oh trégua! ¡oh fatal trégua! tú ahogas en mi corazon los sentimientos de humanidad y de venganza. ¡Ah sagaz ministro! ¡que poco te glorificaras este instante en los preparativos de tu triunfo, si no contuviera mi furia el respeto á mi palabra! Yo te diera á conocer por primera vez la compasion y la justicia. Yo te hiciera humillar esa altanera frente al imperio de la razon ¡Mas ay! (1) que la infeliz será consumida por el fuego, sin que mi valor pueda librarla. En vano llegarán á mí sus rabiosos alaridos: en vano qnebrantarán mi corazon sus lastimeros ayes. El fiero Bracman cantará impunemente, á pesar mio, su cruel victoria: pero yo te juro (2), muger desventurada, que ya que no me es dable reparar hoy tu infortunio, vengaré tus inocentes cenizas, de modo que llegue á extremecerse la India to-

(1) *Lastimado extraordinariamente.*
(2) *Arrebatado de cólera.*

da. Sí: sacrificaré á tu sombra tantas víctimas, como mortales consintieron tu desgracia. Asolaré esa ciudad de horror, igualándola con la tierra. Convertiré en negro polvo esa mansion de tigres, y ni aun dexaré á los tiempos indicio de que exîstió algun dia.

SCENA IV.

MONTALVAN Y EL JOVEN BRACMAN.

JOVEN BRACMAN.

Generoso Europeo.

MONTALVAN.

¿Que me quieres? (1)

JOVEN BRACMAN.

Que conozcais á un desgraciado.

MONTALVAN.

Te conozco bastante, con solo conocer á tu caudillo.

(1) *Con secatura.*

JOVEN BRACMAN.

Por compasion no me confundais con ese monstruo.

MONTALVAN.

¿Vienes á alucinarme? (1)

JOVEN BRACMAN.

Vengo á que sepais el interes que tengo en salvar la triste víctima.

MONTALVAN.

Nada me importa.

JOVEN BRACMAN.

¿Recelais acaso....

MONTALVAN.

Sí, ya de vosotros, aun la piedad me es sospechosa.

JOVEN BRACMAN.

He visto la generosidad, con que defendisteis su inocencia, y vengo á unir mis deseos á los vuestros. No lo ex-

(1) *Con indignacion.*

trañeis, Señor; esa infeliz es mi hermana.

MONTALVAN.

¿Tu hermana? ¿puedo creerlo?

JOVEN BRACMAN.

En el terrible instante de irla á conducir al Templo, me reveló el cielo este arcano. Solo es á mí manifiesto, y solo yo debo interesarme en salvar su vida. No lo dudeis, Señor: aquí el preocupado padre, y el iluso hermano son los primeros á sostener la costumbre, y conducir las víctimas al ara. Pero yo, por ventura, reconozco los deberes de la sangre: late en mis venas, la amo, y no habrá riesgo que no arrostre por salvarla. Si vuestras armas favoreciesen mis deseos::: ¡ah quan feliz ibais á hacer á esta familia!

MONTALVAN.

¿Como, si la trégua no me dexa algun recurso? ¿Podrá acaso diferirse el sacrificio?

JOVEN BRACMAN.

¡Ah! nuestro feroz Bracman apresu-

ra el aparato, por aprovechar el plazo que le disteis.

MONTALVAN.

Que remedio pues, quando el Gobernador de acuerdo con su astucia:::

JOVEN BRACMAN.

¿Que pronunciais, Señor? ¿El Gobernador? ¿quien mas interesado en salvar la víctima? compadeced su situacion::: El es nuestro padre.

MONTALVAN.

¡Dios mio!

JOVEN BRACMAN.

No es tiempo de instruiros en nuestras desgracias. Estrechan los instantes, y solo debemos acordar los medios de poner en salvo á mi hermana, sin aventurar el honor de vuestra palabra. En un oculto lugar del Templo, se encubre la entrada á un subterraneo, que conduce á la orilla de la playa. Por él, en otro tiempo, libró el Bracman, ganado por una suma considerable, á otra viuda. Por él, á todo trance, podre-

mos::: Sí, compasivo Europeo, si vos apadrinarais mi empresa, acudiendo al subterraneo...

MONTALVAN.

Yo lo ofrezco : pero es necesario, que me asegures ántes de la verdad de tus sentimientos, presentándome á tu hermana. Soy ingenuo; desconfio de tí, y de todos los Bracmanes, desde que me fueron conocidas las ideas de ese monstruo.

JOVEN BRACMAN.

Mucho se aventura en conceder lo que pedis, porque ni aun es lícito á nosotros entrar á verla, hasta el momento de conducirla al ara; y si por desgracia os viesen, quedaria frustrada sin remedio nuestra alagüeña esperanza. Sin embargo, porque no agravieis mi sinceridad con esa duda, convengo en exponerlo todo, por complaceros. No perdamos instante.

MONTALVAN.

Ya te sigo.

JOVEN BRACMAN.

Entre el concurso que ocupa todo el recinto del Templo, podeis llegar hasta su puerta, y seguir despues con disimulo mis pasos.

MONTALVAN.

¿Que esperas pues? ve delante (1). ¡Qual será mi gozo, Dios mio, si desengañado de la verdad, logro arrancar de entre los fieros verdugos la consternada víctima, sin ultrajar la sana fé, ni salpicar esas horribles losas con la sangre de unas gentes engañadas! Tuyo, Señor, será el triunfo: tuya la gloria de esta empresa: dirige tú mis pasos, y fortalece mi diestra.

SCENA V.

Mansion sencilla, destinada á Lanasa en la Pagoda de los Bracmanes.

LANASA SOLA.

¡Oh! ¡que cruel incertidumbre la

(1) *Vase el Jóven Bracman por la izquierda.*

de mi suerte! Ya la codicia del Bracman hizo despojarme de las galas con que fuí conducida á este funesto sitio: ya se prepara la horrorosa pompa, y nada sé de la suerte de mi padre, ni mi hermano. ¡Ay! que por momentos se aleja la esperanza que me consolaba, y vuelven á ocupar de nuevo mi corazon las tristes imágenes del dolor, y del despecho. Yo esperaba con tranquilidad el faltal instante quando me creía sola en la tierra; mas hoy, que hallé lo mas amable, que hubo para mí en el mundo, no puedo ver sin horror la senda que me conduce al sepulcro. Me es mil veces mas doloroso que el oprobrio, el perderlo para siempre. Lo confieso (1), sí, detesto el uso que me manda renunciar su dulce compañía: la fiera mano que ha de llevarme al ara: la nave fatal que me conduxo á estas costas: el inhumano precepto que forzó mi voluntad, y me ligó para siempre.... (2) ¡No

(1) *Con resolucion despechada.*

(2) *Con un repentino espanto, á cuya situacion debe pasar con un grito descompasado.*

dioses! ¡que horror me cubre! una sombra::: allí::: aquí::: (1) por todas partes me sigue amenazándome (2). A mi lado::: sobre mi cabeza::: (3) ¿Que me quieres? Detente (4). ¿Que te siga? ¿A donde? ¿Con el dedo me muestras el sepulcro? (5) Sí, ya te sigo: déxame suelta, suelta (6): yo iré; no me arrastres con tus yertas manos á la mansion horrorosa de los muertos. Fátima, Fátima (7).

(1) *Aterrada.*

(2) *Creyendo ver, en fuerza de su entusiasmo, la sombra de su esposo.*

(3) *Tímida y agitada en extremo.*

(4) *Con admiracion.*

(5) *Como queriendo aplacar la indignacion de la sombra.*

(6) *Con voz mas entera, y como desprehendiéndose de la sombra, que poseida de su ilusion, cree que la ase de la mano.*

(7) *Resistiéndose con todo esfuerzo á ser conducida por el imaginado espectro, y llamando á Fátima.*

SCENA VI.

LANASA, EL JOVEN BRACMAN, Y POCO DESPUES, CONDUCIDO POR ESTE MISMO, MONTALVAN.

JOVEN BRACMAN.

Lanasa (1).

LANASA.

¡Dioses! (2)

JOVEN BRACMAN.

¿Que tienes? ¡Que espantosas miradas!... ¿A quien buscas en esta estancia? (3)

LANASA.

No la veo... (4)

(1) *Con voz recelosa.*
(2) *Dando un espantoso grito, y retrocediendo algunos pasos aterrada.*
(3) *A Lanasa, que exâmina con ojos temerosos, y azorados la estancia.*
(4) *Confusa.*

JOVEN BRACMAN.

¿Por qué tiemblas? (1) Tu hermano soy.

LANASA.

¡Infelice! (2)

JOVEN BRACMAN.

¡Que palidez mortal cubre tu rostro! Respira, sosiégate, y disponte á gozar léjos de aquí una perpétua calma.

LANASA.

¿Yo? (3)

JOVEN BRACMAN.

Tú; sí, dispon tu corazon á rendir las gracias á tu generoso libertador.

LANASA.

¡Ah! mi esposo ::: (4) la ley ::: los

(1) *A Lanasa que le mira con timidez, y retirándose sin conocerle.*
(2) *Recobrándose pausadamente.*
(3) *Con abatimiento y desconfianza.*
(4) *Tímida, y con algun frio resto de su pasada ilusion.*

dioses::: mi promesa::: mi gloria:::

JOVEN BRACMAN.

No delires. El General Europeo, empeñado en salvar tu vida... ¡con que brio, con qué resolucion defendió tu causa delante del Bracman! ¡como le confundió con sus razones! ¡qual le intimidó con sus amenazas! No hubiera mostrado mas ardor, mas interes por salvar á su hermana, ó á su amante.

LANASA.

¿Y que le mueve... (1)

JOVEN BRACMAN.

La humanidad, su virtud, su generoso carácter. En fin, él quiere verte.

LANASA.

¿El mismo? (2)

JOVEN BRACMAN.

Sí.

(1) *Con desinteres, y voz desmayada, esforzándose á cobrarse.*

(2) *Sorprehendida, y con alguna mas viveza.*

LANASA.

¿Como es posible?

JOVEN BRACMAN.

Ya introducido en el Templo, solo aguarda tu permiso para llegar á este sitio: corro por él Lanasa: no lo aventuremos todo con la detencion, si por desgracia nos descubren (1).

LANASA.

¡Dioses...! (2) No :: aguarda::: ¿A que propósito violar ese extrangèro esta mansion sagrada? Si le vieran, ¡ay! ¿como repararia su opinion, Lanasa? ¿su vida, en qué riesgo tan manifiesto se pone por mi causa? Si el feroz Bracman::: (3) si algun Ministro del Templo:::

JOVEN BRACMAN.

Seguidme: nadie nos observa. (4)

(1) *Vase presuroso.*

(2) *Consternada, y en acto de detenerlo.*

(3) *Agitada.*

(4) *Conduciendo á lentos pasos á Montalvan.*

LANASA.

Si vinieran::: si le sorprehendiesen:::

JOVEN BRACMAN.

Querida hermana, aquí tienes al mas sensible y generoso de los mortales. Llega presurosa conmigo á agradecerle...

MONTALVAN.

Sueño: Lanasa (1).

LANASA.

Montalvan.

JOVEN BRACMAN.

¡Qué miro! ¡Qué oigo! (2)

MONTALVAN.

¿Eres tú, mi adorable Lanasa? ¿Eres tú la víctima que espera ese ofuscado Pueblo? ¿Tú, la infelize viuda, cuya suerte

(1) *Despues de mirarse y reconocerse con una agitacion extraordinaria, á un tiempo arrebatador de su pasion, corren precipitadamente á abrazarse.*

(2) *Admirado.*

me interesaba? ¿Tú, aquella, en cuya defensa armaba la humanidad este brazo?

LANASA.

Sí, querido Montalvan, este es el resultado de tu repentina ausencia (1).

MONTALVAN.

Dexemos para despues la dulce satisfaccion de esa aparente culpa, y tratemos solo de conservar una vida que es la mitad de la mia.

JOVEN BRACMAN.

¿Que prodigio es este, hermana?

LANASA.

He aquí el objeto de mi amor: he aquí el único mortal que mereció á Lanasa.

MONTALVAN.

Ah, ¡qué desconsuelo el mio, si por ignorar tu situacion fueras trofeo del ciego fanatismo! Mi tierno amor, sin duda, me inspiró el deseo de conocer la preparada víctima, para volverme á ver en mi

(1) *En tono de reconvencion.*

llorada Lanasa, y conservar sus amables dias. Sí, bárbaros: no os gozareis en su dolor, y el mio (1): respetareis su juventud; ó como rabiosa fiera despedazaré vuestros insensibles pechos: inundaré con vuestra sangre esa vega: reduciré á polvo ese Templo: y asolaré vuestros hogares miserables. Sí, feroz verdugo: no te fies en el seguro de la tregua, pues no es ya tiempo de respetarla, quando peligra todo el descanso de mi alma.

LANASA.

No, querido Montalvan, no te aventures si quieres que yo viva: dispon de tu Lanasa; pero evita á mi corazon el sobresalto con (2) que late, al acordar tu peligro. Si te hallaran en esta estancia::: ¡Vete! Huye presto: yo te lo ruego. ¡Infelíz! ¿No oisteis rumor ácia esa parte (3)?

(1) *Transportado de su pasion, y poseido de furor.*

(2) *Sobresaltada, y con la mayor zozobra.*

(3) *Cubierta repentinamente de temblor.*

JOVEN BRACMAN.

Todo está en silencio (1). Tranquilizate.

LANASA.

No es posible: es mucho lo que arriesgo, si por desgracia... (2)

MONTALVAN.

No mas, amada mia; yo sacrificaré á tu quietud el dolor de apartarme de este sitio: descansa en la esperanza de unirte para siempre á tu querido Montalvan, y sigue en todo la voluntad de tu tierno hermano. Vamos; no aventuremos en la dilacion tan importante triunfo.

JOVEN BRACMAN.

Venid, os mostraré el parage donde debeis aguardarme: y tú prevente á seguirme, que al momento vuelvo.

(1) *Despues de parar cuidadosamente el oido ácia la puerta.*

(2) *Mirando afectuos. mente á Montalvan, y despues á su hermano como avergonzada.*

MONTALVAN.

A Dios Lanasa mia: conservame en tu corazon, miéntras el mio celebra la ventura de volverse á vér en tus ojos.

LANASA.

¡Ay! no te tardes (1), que son ya pocos los momentos que nos concede la suerte.

JOVEN BRACMAN.

Nada temas... (2)

SCENA VII.

FATIMA ASUSTADA, Y LOS DICHOS.

FATIMA.

¡Ay, señora!

LANASA.

Todo me asusta. ¿Qué traes (3)?

(1) *Al Joven Bracman temerosa.*
(2) *En acto de partir, y suspendiéndose al ver á Fátima.*
(3) *Con impaciencia.*

FATIMA.

¿Quién será este Europeo (1)? que el inhumano Bracman, acaso noticioso de que el Gobernador:::

LANASA.

¡Qué Infelice!

FATIMA.

Trataba suspender el sacrificio, alucinando al Pueblo con las voces de religion, y zelo::

JOVEN BRACMAN.

¡Qué será, Dioses!

FATIMA.

No solo logró que la muchedúmbre pidiese en alta voz, que se apresurase, sino que declarando al Gobernador enemigo de la patria, de las leyes, y los Dioses, conspiró amotinado contra su persona.

(1) *Mirando con estrañeza á Montalvan.*

LANASA.

¡Desventurada (1)!

MONTALVAN.

Hombre malvado, yo te juro:::

JOVEN BRACMAN.

¿Y le ofendiéron (2)?

FATIMA.

No señor, que aparentando el Bracman, que era por librarle de la cólera del Pueblo, le hizo llevar custodiado á una estancia del Castillo.

JOVEN BRACMAN.

¡Impío!

MONTALVAN.

No merece ese maligno ya consideracion alguna; sigue mis pasos (3).

(1) *Penetrada de dolor.*
(2) *Con viveza.*
(3) *En acto de partir arrebatado de cólera.*

LANASA.

No hagais mas horroroso mi estado, aventurando vuestras vidas.

MONTALVAN.

No temas, vamos.

LANASA.

Ved ¡qual quedó!

JOVEN BRACMAN.

Descansa.

LANASA.

Ven amiga, sabrás mis males y mis venturas todas.

MONTALVAN.

Experimentará bien presto mi furor ese bárbaro opresor de mi inocencia.

ACTO IV.

La estancia destinada á Lanasa.

SCENA I.

LANASA, VESTIDA DE UNA TUNICA DE LINO; EL CABELLO ESPARCIDO EN FORMA NAZARENA, CORONADA DE FLORES, Y FATIMA.

FATIMA.

¿Veis, Señora, si el presentimiento de mi corazon se ha verificado? Ya teneis enteramente cambiada vuestra suerte.

LANASA.

¡Ay, Fátima! (1)

FATIMA.

¿Suspirais aun? ¿Puede ser acaso mas completa vuestra ventura? Hace pocas horas que os lamentabais sola en la tierra, y por una combinacion de ac-

(1) *Poseida de un abatimiento grande.*

cidentes misteriosos acabais de hallar al padre, al hermano, y al amante. Abandonada de todos ibais á humillar la frente á un doloroso decreto, y ya al abrigo de un exército Europeo, aguardais triunfar de vuesrro mismo infortunio, y respirar en mas pacífico clima, baxo el dulce yugo de tres personas tan amadas. ¿Que os resta ahora para coronar vuestra ventura?

LANASA.

La incertidumbre del suceso. Tú sabes quan impacientes aguardan ya en el Templo las vírgenes, que deben acompañarme hasta el ara: sabes, que preparada la pira, solo esperan mis verdugos oir entonar el himno fúnebre, para aplacar la llama: y que cubierta ya de esta fatal mortaja, quizá mandará el Bracman otro Ministro, que me conduzca al suplicio, ¿que recurso entónces? Y aun ahora, ¿que esperanza, quando llegase mi hermano? ¿como:::? ¿por donde huir la fatalidad de mi destino? Preso mi padre::: (1) léjos de aquí mi amante:::

(1) *Agobiada de su dolor.*

Fátima, llegará ya tarde todo el favor de sus armas.

FATIMA.

Callad, que siento pasos.

LANASA.

¡Desdichada! (1) un sudor frio va ya cubriendo mi cuerpo.

FATIMA.

Vuestro hermano (2)

LANASA.

¿Mi hermano? (3)

(1) *Poseida de un repentino espanto.*

(2) *Despues de llegarse á exâminar con timidez la parte por donde debe salir el Joven Bracman, y volviendo á Lanasa poseida de alegría.*

(3) *Como respirando con mas placer.*

SCENA II.

EL JOVEN BRACMAN PRESUROSO, Y LAS DICHAS.

JOVEN BRACMAN.

Ven, Lanasa, sígueme presurosa: y tú, Fátima, divierte un solo momento la impaciencia de las vírgenes.

FATIMA.

Mientras corro á participar de vuestra suerte, los justos dioses dirijan vuestros pasos (1).

Lo mas interior del foro le ocupará la fachada de la Pagoda ó Templo, con puerta grande y usual: el resto del teatro será un átrio espacioso, cerrado por ámbos lados de verjas, tiradas línea recta, desde la pared del Templo, hasta el mismo anfiteatro: de trecho en trecho las divide un alto pedestal, ó bien pirámide de piedra, y sobre cada uno se verá un busto de muger indiana:

(1) *Parten.*

advirtiendo, que todo aquel sitio debe verse denegrido. A la derecha, dentro del átrio, se verá una gran pira de leña, y á su lado un pequeño tablado que la domina, con escalera para subir á él. Los bastidores de peñas escarpadas.

SCENA III.

EL GRAN BRACMAN, QUE APARENTA SALIR DEL TEMPLO, Y EL PUEBLO MALABAR QUE HACE UNA RESPETUOSA GENUFLEXÎON AL DESCUBRIRLE.

GRAN BRACMAN.

Respira ya, pueblo indiano. La feroz discordia se alejó de nuestras costas, y la benéfica paz vuelve á morar entre nosotros. Temeroso con razon de que los fieros Europeos, dueños una vez de esta plaza, aboliesen nuestros usos, hollasen nuestras leyes, alterasen nuestros ritos, y destruyesen sacrílegamente nuestros dioses, dediqué todo mi zelo, mi poder, y astucias, á evitar tan doloroso infortúnio. Con este objeto anticipé algunas horas el término de la

trégua: resolucion tal vez, que afearán nuestros ilusos políticos; pero yo acordé en este caso la necesidad, con la justicia. Tantos conciudadanos sacrificados por su furor en esa playa; tantas sombras errantes al derrededor de esos muros, parece que con ayes lastimeros pedian que las vengase. Noté el desorden que excitó en vuestros pechos religiosos, la tenacidad con que pedia el General Europeo que se dilatase, y aun extinguiese el mas sagrado de nuestros usos: en una palabra, veía próxîmo el momento de que hollase con pie vencedor nuestra cabeza, imponiendo al libre indiano una servidumbre vergonzosa, y reparé estas calamidades con un glorioso golpe (1). Volved la regocijada vista á esa playa, vereis reverberar en sus hondas la violenta llama que consume sus baxeles. Ved, qual humean aun, sembrando el mar de sus reliquias miserables. Oid con alborozo los rabiosos ayes que despiden, y que traidos por el viento, resuenan en los cóncavos de esas

(1) *Como complaciéndose extraordinariamente.*

peñas. Reparad qual perecen sumergidos en las aguas, por huir del horroroso incendio de sus naves. El aterrado exército, que acampado en esa vega, amenazaba dia y noche nuestros muros, acogiéndose precipitadamente al resto de su esquadra, que por hallarse algo léjos, pudo librarse del estrago, solo cuidó de dar al viento sus velas para abandonar estas orillas; triunfo es todo de mi zelo, pueblo indiano. Yo soborné con dádivas y promesas unas manos incendiarias, que arrostraron el peligro, y pusieron en práctica este glorioso designio (1). Gozad vosotros su venturoso resultado, mientras yo tengo la lisonja de haber sido libertador de la Patria.

SCENA IV.

DARVI POR EL TEMPLO, Y LOS DICHOS.

DARVI.

¿Con que objeto me devolveis una libertad, que á título de compasion me quitasteis este dia?

(1) *Con tono dulce y seductor.*

GRAN BRACMAN.

Con el de que aprendas á servir á los dioses, y á la Patria (1).

DARVI.

¿De quien?

GRAN BRACMAN.

De mi constancia, de mi zelo. Conoce quan poco, ó nada (2), necesitan esos muros de tu valor, y experiencia para triunfar del orgulloso Europeo, mientras vele en su defensa el formidable Brama. Desengañaos todos de que el númen tutelar de la India defenderá con su rayo los hogares nuestros, en tanto que guardáreis su culto, y mantengais en su vigor nuestras antiguas costumbres (3). Pero, míseros de vosotros, si osáreis alterar la religion de vuestros padres, debilitando la observancia de los sagrados ritos.

DARVI.

No os engañeis, Malabares (4). Míseros, si os negais á conocer el artificio

(1) *Con ayre de reconvencion.*
(2) *Con orgullo.*
(3) *Con mas entereza y energía.*
(4) *Con firmeza.*

de sus palabras. No os alucinen las voces de religion, é independencia, con que aspira á disfrazar su orgullo, y su codicia.

GRAN BRACMAN.

¿Qué hablas, sacrílego (1)?

DARVI.

Abrid los ojos (2), y sacudid cou tiempo el odioso yugo, con que desea agoviaros. Bien sabeis quan limitada fué en sus principios la autoridad Bracmana: ved pues, la que gozan hoy sobre vosotros, y aun sobre vuestros mismos mandarines, abrogada tiranamente con pretexto de sostener la religion, y el culto.

GRAN BRACMAN.

Calla, blasfemo (3).

DARVI.

Sufre que te convenzan las pruebas (4).

GRAN BRACMAN.

Arrojadle de aquí: sacadle de mi presencia.

(1) *Poseido de furor.*
(2) *Con mas entereza y enegía.*
(3) *Furioso.*
(4) *Con doblada resolucion.*

Malabares, oid, y condenadme luego, si me hallais culpado (2). Si no es la tiranía el alma de vuestras acciones, ¿por que no os limitais á ser despóticos en lo relativo al culto de los dioses, sin mezclaros en el gobierno político de los Pueblos? ¿Por que con tramas harto indignas de vuestro santo ministerio despojasteis á los Gobernadores de sus facultades y derechos, sometiéndoles, y sometiendo la India toda á vuestro antojo? Por constituiros árbitros de las leyes. Temed, indianos, no lo sean mañana de vuestros bienes y personas. Si no es la codicia la que os hace tan zelosos por la religion, respondedme, ¿que es del oro, que es de las preciosas piedras, que en el discurso de tantos siglos entró en calidad de ofrenda en este Templo? ¿con qual objeto persuadis á las viudas Malabares, que vengan á la pira con sus mas preciosos atavíos? ¿Por que las despojais de todos ellos ántes que se precipiten á las llamas? ¿por qué no los volveis á sus deudos? ¿Emplearon tus

(2) *Reconviniéndole con firmeza.*

antecesores, empleaste tú, por ventura, tantas joyas y preseas en adornar ese Templo? ¿Aparece en él otra riqueza, otro luxo, que el que tuvo en su principio? Ni le tendrá jamas, si le aguarda de vuestras manos. Forzais á nuestras viudas ilustres á la observancia de una ley, que las condena á la muerte, y exîmis á las de humilde gerarquía, porque no aguardais que se presenten en el Templo cubiertas de preseas. ¿Que dice, pues, esta desigualdad, sino vuestra desmesurada codicia? Conocedlo, indianos: ella y la ambicion son los móviles de todas sus acciones, y lo serán de vuestra ruina, si os negais á la evidencia. Vendrá tal vez de lisongear vuestros ojos con el horroroso triunfo de su perfidia, que nos presenta esa playa. Acabará de alhagaros con los dulces nombres de paz y libertad, que os ofrece ese campo, abandonado por el enemigo. Pero considerad el forzoso resultado de un hecho soez y abominable, violó la buena fé, violó una sagrada trégua, y ultrajó el respetable derecho de gentes, en que descansa la confianza de los hombres. Quando la justa queja del o-

fendido Europeo no alarme contra vosotros todas las naciones de la tierra, ¿no vendrá con todo su poder á vengar la injuria, y castigar el atentado? Los doloridos clamores de los míseros, que acaso en este instante, exhalan entre rabiosas ánsias el postrer gemido, víctimas de una perfidia, ¿no armarán contra nosotros el brazo de los dioses? ¿Y sobre quien lanzarán el rayo? ¿por ventura sobre él solo? Esa es mi pena, Malabares. El cometió el crimen, por asegurar el horroroso lucro de este sacrificio, y nosotros seremos el objeto de sus iras, y del oprobrio de los hombres. Estas son las ventajas que debemos á su decantado zelo (1). El adulterio de las leyes, la corrupcion de las costumbres, la usurpacion de nuestros derechos, la destruccion del buen orden, la pérdida de nuestra opinion, y la próxîma ruina de la Patria.

GRAN BRACMAN.

Hombre audaz y perverso, ¿no temes que mi poder te confunda? ¿No temes la indignacion del ofendido Brac-

(1) *Con ayre de despecho.*

ma, cuya divinidad represento? ¿Que es esto, pueblo indolente? ¿como oiste sus injurias?...

DARVI.

En vano esperas armar contra mí sus ánimos, quando sus rostros dicen la conviccion de tus excesos.

GRAN BRACMAN.

Mal conoces su rectitud, quando tal piensas. Penetra bien la seduccion de tu discurso, y menosprecia la debilidad de tus razones.

SCENA VIII.

EL OFICIAL MALABAR POR EL TEMPLO, Y LOS DICHOS.

OFICIAL.

Señor.

GRAN BRACMAN.

¿Que nueva traes? ¿Se acerca ya la viuda?

OFICIAL.

Ya llega: pero asombraos ántes al saber el horroroso crímen del infiel Ministro, que debia conducirla.

DARVI.

¡Hija desventurada!

GRAN BRACMAN.

Habla, ¿que esperas?

OFICIAL.

Hallábame con la guardia en el sitio que ordenasteis para venirla custodiando, quando á un lado del ara principal sentí rumor, y descubrí á la escasa luz dos bultos: acércome á ellos, y veo al Jóven Bracman, que receloso, y á lentos pasos, se dirigia á lo mas retirado de este Templo, guiando por la mano la preparada víctima.

GRAN BRACMAN.

¿Que dices?

DARVI.

Murió nuestra esperanza.

OFICIAL.

Le sorprehendo: pregunto su intencion, y sin vacilar un punto me dice, que la de salvar aquella jóven.

GRAN BRACMAN.

¡Como::: (1) ¿por donde? ¡Ah, pérfido!

(1) *Sorprehendido é irritado.*

OFICIAL.

Se esfuerza en persuadirme con lágrimas y ruegos, á que proteja su maldad. Llamo á la guardia: arrebato de su poder la inocente presa, y qual leon rabioso, se arroja á los soldados para recobrarla. Entónces hice asegurarle, en tanto que yo depositaba en manos de las vírgenes la víctima, y venia á daros aviso.

GRAN BRACMAN.

¡Alma traydora, alma vil:::!

OFICIAL.

Ya el himno dice, que llegan (1).

GRAN BRACMAN.

Ve, condúceme el traydor á este sitio.

OFICIAL.

Sereis obedecido (2).

DARVI.

¡Que cruel é inesperado accidente!

GRAN BRACMAN.

¿Que íntriga es esta? ¿Quantos cons-

(1) *Oyendo un preludio de música, que suena dentro del Templo.*
(2) *Vase.*

piran hoy á destruir el culto de los dioses (1)?

SCENA IX.

Lanasa como ántes enmedio de las vírgenes indianas, vestida de lino, y coronadas de flores, por las puertas del Templo, cantando el Himno que sigue. Fátima, el Gran Bracman, Darvi, el Pueblo indiano, y poco despues el Jóven Bracman, el Oficial, y algunos Soldados indianos.

HYMNO.

"Reciba el tierno esposo
,, en la celeste esfera
,, la fé mas verdadera
,, del conyugal amor."

LANASA.

He allí mi padre (2).

DARVI.

¡Ay, hija! Yo moriré primero, que

(1) *Dirigiendo una mirada feroz á Darvi.*

(2) *Dirigiendo una mirada de dolor á Darvi.*

consienta el sacrificio. Númenes, socorredla, y no hagais inútiles mis ardientes ruegos.

GRAN BRACMAN.

¿Podré creeros tan débil, tan esclava del amor á una vida ignominiosa, que reuseis el derecho que os da la ley á uniros para siempre á vuestro esposo? ¿Querreis amancillar la gloria de tantas heroinas como honraron su memoria, precipitándose animosas en la sagrada hoguera? ¿Cubrireis de oprobrio la senda de la inmortalidad, que os estan mostrando sus huellas? ¿Dareis un baxo testimonio de vuestra flaqueza á la India toda, que aguarda con impaciencia vuestra animosa resolucion? Y en fin, ¿preferireis una vergonzosa vida, á una envidiable muerte? Volved los ojos á esas frias estátuas que consagró la admiracion al heroismo de nuestras ilustres viudas. Todas sellaron animosas la ley, con una muerte voluntaria. Todas reclaman vuestro exemplo: todas reprehenden vuestra timidez: miradlas. Mirad por todas partes errante la sombra de vuestro esposo, recordándoos vuestro deber, señalándoos con el yerto dedo esa pira, y lla-

mandoos sin cesar á su sepulcro. ¿Dudareis seguirle? No lo creo, seducida por un malvado, vacilaria acaso un momento vuestra constancia: pero vuelta en vuestro acuerdo, yo sé que llenareis los deberes de vuestra ilustre sangre: satisfaciendo á la ley, á los dioses, y á la tierna fé de esposa. Llega, temerario, llega (1), y confúndete á la vista de esa jóven, que osaste pervertir con tus horrendas máxîmas. Repara la serenidad con que mira encender la hoguera, aprestándose á precipitar en ella. Aprende de su heroismo á cumplir con tus deberes, y á triunfar de la flaqueza humana. Pero ¿que has de aprender tú oprobrio de este Templo, afrenta de los dioses, y borron odioso de tu santo ministerio.

(1) *Al Jóven Bracman que sale por el Templo, conducido por el Oficial, y los soldados indianos, él, Lanasa y Darvi, se miran en el momento de presentarse en la Scena, demostrando los dos últimos el mas vivo dolor, y el Jóven Bracman el mayor despecho, con el qual fija los ojos en el Gran Bracman.*

JÓVEN BRACMAN.

Por lo ménos no seré jamas un sanguinario verdugo, un fiero destructor de la naturaleza. No imitaré el horroroso exemplo que me ofrece tu dureza. No, malvado (1): detesto tu doctrina, detesto de corazon unas leyes tan iníquas, unos usos destructores de los mas preciosos sentimientos del hombre, usos feroces, asesinos, y que degradando nuestro ser, llegan á confundirnos con las fieras. No está corrompido mi corazon: aun no lograste endurecerle tanto, que no escuche la voz del infortunio.

GRAN BRACMAN.

¿Qual es tu audacia, miserable? ¿Aun te atreves á insultar la autoridad suprema:::

JOVEN BRACMAN.

Que te grangearon tus excesos (2); sí, la insulto, no te engañas. Jamas hincaré la rodilla al ídolo soez que adora en tí el fanatismo ciego. Solo siento no poder yo con robustas manos (3) destruir esa horrorosa pira, y aun apagar la llama, con:::

(1) *Con tono despechado.*

(2) *Con viveza, interrumpe con ayre insultante.*

(3) *Expresando todo su rencor.*

GRAN BRACMAN.

¿Que vas á pronunciar, sacrílego (1)?

DARVI.

¡Ay, hijo, qual te precipita el fraternal amor!

GRAN BRACMAN.

Ya es criminal mi tolerancia.

JOVEN BRACMAN.

Estiende á mí tu impiedad, no importa. Pero sabe, que no te gloriarás en ese fiero espectáculo. En vano aspiras á ofuscar á esa infeliz indiana: conoce tu artificio, le detesta como yo, y se opondrá constante á tan bárbara costumbre. Los dioses mismos, cansados ya de que la crueldad tremole su estandarte en estas costas, prepara un brazo vengador::

GRAN BRACMAN.

¡Que miserable esperanza!

JOVEN BRACMAN.

No blasones, que quizá dentro de un momento abatirá tu frente (2):::

GRAN BRACMAN.

El orgulloso Europeo: el auxîliar de tu horrorosa íntriga (3). Búscale, pérfido, búscale en el descanso de los muertos.

(1) *Interrumpiéndole con ademan rabioso.*

(2) *Con alegría.*

(3) *Con ayre de confianza.*

JOVEN BRACMAN.

¿Como::: ? (1)

GRAN BRACMAN.

Sí, ya fué asesinado de mi órden, y sus naves reducidas á ceniza (2).

LANASA.

¡Desventurada (3)!

JOVEN BRACMAN.

¡Que rayo se ha desprendido de la esfera (4)! ¿Y te glorias de ello, malvado? ¿Dexarán impune los dioses tan negro crimen? ¿Sufrirá la tierra á un monstruo, á un asesino, á un incendiario::: ?

GRAN BRACMAN.

Basta. Llevadle (5).

DARVI.

¿Y por qué oprimirle injustamente? ¿Porque hace patentes tus excesos?

(1) *Como pasmado.*

(2) *Regocijándose.*

(3) *Trastornada de un dolor vehemente.*

(4) *Cubierto de mortal desesperacion, la qual expresa, llevando ámbas manos con viveza al rostro, y permaneciendo en esta aptitud un instante.*

(5) *Al Oficial, que se apodera de su persona.*

GRAN BRACMAN.

Sacadles de este sitio.

LANASA.

Dioses, ¿que debo hacer?

FATIMA.

¡Què tiranía!

JOVEN BRACMAN.

Ni aun así cantarás completo el triunfo. Lanasa, recuerda tus deberes, y venga á un tiempo á tu amante, á tu padre, y á tu hermnano.

GRAN BRACMAN.

¿Como :::? (1)

JOVEN BRACMAN.

Conócelos.

GRAN BRACMAN.

¿Será creible?

DARVI.

¿Que has hecho, hijo?

LANASA.

¡Ah, padre!

JOVEN BRACMAN.

Pueblo indiano, he aquí el misterio de mi culpa, y la de vuestro animoso caudillo. Respetar los derechos de la sangre, aspirando á salvar una víctima tan preciosa para nosotros. Y pues ningun poder tiene la fuerza en esta ceremonia, defiende su libertad, ya que no

(1) *Aterrado por la misma sorpresa.*

tengas esfuerzo para extinguir una costumbre, que nos hace á los ojos de la humanidad mas fieras que las fieras: oid á vuestras hijas y esposas, como claman que rompais su amarga servidumbre: vedlas apartar extremecidas los ojos de la funesta llama, que habrá de consumirlas un dia.

GRAN BRACMAN.

Calla, seductor. Ola, ¿no obedeceis mi voz? Llevadlos. Y tú, sencillo pueblo, teme que el cielo truene sobre tu cabeza, si oyes su profana voz con destruccion de su culto.

JOVEN BRACMAN.

Hermana (1).

DARVI.

Hija, venga la humanidad, y huella con firmeza la opresora tiranía.

GRAN BRACMAN.

¡Que estruendo, dioses (2)!

SCENA VII.

MONTALVAN DENTRO DEL TEMPLO, Y LOS DICHOS.

MONTALVAN.

Derribad las aras, pisad los inmun-

(1) *Con tono imperioso.*

(2) *Oyendo un fuerte rumor en el Templo consternado.*

dos ídolos.

JOVEN BRACMAN.

¡Que voz consoladora!

MONTALVAN.

Todo perezca, soldados (1).

PUEBLO INDIANO.

Piedad (2).

MONTALVAN.

Nada temais vosotros, que no fué vuestro el crímen.

LANASA.

Montalvan.

MONTALVAN.

Lanasa mia (3).

DARVI Y EL JOVEN.

¿Que veo?

GRAN BRACMAN.

¿Sueño?

LANASA.

Tú vivo?

MONTALVAN.

Sí, amada mia: guardó el cielo esta

(1) *Saliendo por el Templo, seguido de los Franceses, todos con aceros desnudos.*

(2) *Invocando arrodillados la piedad de Montalvan, el qual con un ademan calma el furor de los suyos, mientras el Gran Bracman, huyendo de mirarle, muestra con extremos su admiracion y despecho.*

(3) *Precipitándose en sus brazos.*

diestra formidable para salvar tu vida, y confundir á un malvado; sí, monstruo, tú fevoreciste mi designio, creyendo malograrle. Tu proyecto me fué descubierto por los mismos, á quienes fiaste su execucion. Para mejor confiarte, hice yo mismo incendiar unas lanchas inútiles, retirando de vuestros ojos las naves, á favor del humo denso que se estendia en la playa. Levanté mi campo, y arrojándome á un subterráneo que conduce hasta ese Templo, con una parte de mis tropas, envié el resto á apoderarse de la plaza.

GRAN BRACMAN.

Me devora la rabia.

LANASA.

¡Oh que feliz engaño!

JOVEN BRACMAN.

Ves ahora, pérfido, como los dioses :::

GRAN BRACMAN.

Calla: solo veo que vivia cercado de traydores.

MONTALVAN.

¿Aun te atreves á respirar? ¿aun osas alzar los ojos sin confundirte? Bárbaro, bien conozco la enormidad de tus culpas; pero nada admiro de un hombre fanático y ambicioso, y quiero que

aprendas á generosidad y compasion de los heróycos Franceses. Yo te concedo la vida; pero léjos de estas costas, que cubriste de oprobrio, de dolor, y de entusiasmo.

GRAN BRACMAN.

Iré maldiciendo el abominable mar, que te conduxo á ellas.

MONTALVAN.

Tú, Lanasa mia, disponte á coronar mi triunfo con la suspirada posesion de tu mano, viniendo á respirar un ayre mas benéfico en la augusta corte de Francia, entre los tiernos brazos de un padre, de un hermano, y de un esposo. Y vosotros, infelices Malabares, vivid baxo mejores auspicios; y por primer testimonio de la beneficencia de mi Rey, entonad alegres el triunfo que os ganan hoy sus invencibles armas, sobre el Imperio fatal de vuestras rudas costumbres.

FIN.

